

Conferencia de Rafael Estrella

“La diplomacia y los diplomáticos: Argentina y España en la mirada”

Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

Buenos Aires, Argentina, 14 de diciembre de 2010

Permítanme agradecer a la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales el honor que supone unir mi nombre al de las personalidades que se han citado. No ocultaré mi admiración y respeto intelectual por Mario Bunge, Julio María Sanguinetti, Joaquín Garriges, Camilo José Cela, Clorindo Testa, Santiago Kovadloff o Bernardo Klisberg.

Quisiera en estas palabras de agradecimiento y de respuesta corresponder con algunas reflexiones en torno a mi visión personal de la política exterior, la diplomacia y los diplomáticos en el mundo actual y cómo, desde esa mirada, entiendo las relaciones, presentes y futuras, entre nuestros dos países.

Tal vez sea ocioso decir en éste ámbito donde es norma la libertad de cátedra, aunque dicho queda, que esas reflexiones son estrictamente personales.

Si tuviera que definir, en pocas palabras, quién soy, diría que un ciudadano comprometido, que ha dedicado gran parte de su vida a la acción política, a la representación de los ciudadanos y, de modo especialmente intenso a las relaciones internacionales en una era en que son difusas las fronteras entre la política interior y la exterior. La condición actual de Embajador de España en la República Argentina es, para mí a la vez culminación y prolongación de todo lo anterior.

Me identifico con los versos del poeta brasileño Manuel Bandeira sobre su amigo Murilo Vasquez, y no sólo porque siempre he sido antitotalitarista, anticonservador, antiburócrata, sino también porque siempre he querido ser conciliador de los contrarios e incorporador de lo eterno a lo contingente. También, amigo de las Bellas Artes, entre las que se cuenta, como recuerda Bandeira, la amistad.

Mi concepción de la diplomacia y del papel del diplomático tiene sus raíces en mi visión de la política como la enunció Aristóteles o como la entendió Azaña, por citar dos referentes. Una actividad ética y humana creadora de civilización, esencial para mantener y desarrollar la diversidad y la libertad de los individuos y de los grupos, en una dialéctica que tiene a la conciliación –de intereses, de posiciones- como uno de sus ejes centrales.

Todo ello, presidido –y limitado- por el gobierno constitucional y el imperio de la ley constituye el fundamento del sistema político de gobierno, la respuesta al problema de la gobernabilidad. No es preciso decir que otras formas de resolver el problema del orden –la tiranía, la oligarquía- son sistemas, pero no merecen el nombre de sistemas políticos como tampoco lo merecen las prácticas que podemos definir como antipolítica.

Pero la política, lo dijo bien Azaña, tampoco es una profesión. En “La invención del Quijote”, Azaña, que rechazaba tanto el “qué se me da a mí” que simboliza el bachiller Sansón Carrasco (“aumente su hacienda y salve su alma”) como la agitación estéril de algunos de sus contemporáneos como Costa, Azaña, digo, supo leer en el juego entre la razón y la pasión, que representan Don Quijote y Alonso Quijano, el motivo que hace a esta obra perdurable. Él concibe al buen político como aquel que conoce bien el pasado y el presente y quiere transformarlos, pero que tiene plena conciencia de que su emoción política no le coloca por encima de sus semejantes. Bien está no tomar las ventanillas por castillos, pero, ¡cuidado!, tomar los castillos por ventanillas provoca, si cabe, males mayores!

En la política (casi en todas sus dimensiones, incluida la exterior) encontramos, en palabras del pensador socialista británico Bernard Crick, “la creativa dialéctica de los opuestos, la prudencia temeraria, la unidad diversa, la conciliación armada, el artificio natural, la contemporización creativa y un juego del que depende la civilización libre, en que caben también el conservador reformista, el creyente escéptico y el moralista plural: es el conflicto hecho debate, y nos impone una misión a escala humana.

La idea permanente de transacción desde los postulados y objetivos propios – que conlleva la necesidad de entender las aspiraciones e intereses del otro, sea adversario o, tal vez peor, compañero de partido-, la vocación de aprender más que de dar lecciones, la mirada imparcial, que no neutral, porque no se puede ser neutral ante el sufrimiento humano.

Todo ello ha presidido mi actuación en la política, en las relaciones internacionales y, ahora, en mi accionar como diplomático, incluyendo la forma en que trato de entender e interpretar la realidad. Por todo ello digo que soy y siempre seré socialista, pero también, que nunca he sido ni seré sólo socialista.

El consenso –lo he dicho en ocasiones cuando me preguntan por la transición española- no es un componente de la política, sino la política en sí misma. Crick utiliza el término conciliación, que sitúa como objetivo central de la política, y que entiende como la posibilidad de llegar a un punto aceptable y aceptado por los conciliados. Esa fue la visión de los dirigentes políticos que hicieron la Constitución española.

Es esta una noción que hunde tal vez sus raíces en Machiavelo y en una de las posibles lecturas de la que, sin duda, es su frase más manoseada y utilizada...para cualquier fin, algunos *non sanctos*, algo que el autor de “El Príncipe” difícilmente pudo prever. Como escribió Isaiah Berlin en “La originalidad de Machiavelo”, hay no menos de 25 grandes interpretaciones del Príncipe. En cierta ocasión escuché a un estudiante decir: “nos han mandado leer, de Machiavelo, “El Príncipe” y “El fin justifica los medios”.

La Política Exterior, como su nombre indica, no es sino una dimensión –sin duda singular- de la Política y del Poder. “Poder federativo de la comunidad” le llamó el filósofo, medico, diplomático John Locke el padre del empirismo, a quien debemos la formulación del principio, desarrollado por Montesquieu, de la división de poderes.

Aunque para Locke ese poder federativo era una prerrogativa de quienes actuaban en nombre de la sociedad, las Constituciones modernas del siglo XIX reservarían al poder legislativo la potestad de declarar la guerra, de concluir la paz y de ratificar los Tratados.

Sin embargo, no es ocioso recordar que hoy las guerras no se declaran, las paces rara vez se firman y que, en lugar de los Tratados, son cada vez más importantes los “acuerdos no normativos”, acuerdos políticos entre gobernantes que implican compromisos de toda índole que no siempre están sujetos al ulterior control parlamentario.

La diplomacia y la política, además de su relación intrínseca, tienen mucho en común: la necesidad de conciliar y de actuar con prudencia son muy similares (mayor la necesidad en la diplomacia), pero la diplomacia se mueve en un espacio singular en el que puede que no haya un poder superior y eficaz

incluso en casos de emergencia o de amenaza a lo que solemos llamar “el orden internacional”.

En una sociedad territorial, el Gobierno hace la política posible, pero en una sociedad internacional, la política –o la diplomacia- tiene que construir los elementos de orden o de gobierno sin contar para ello con los instrumentos del Estado Nación. Con todas sus virtudes, la ONU no es una asamblea soberana porque no es una asamblea política; las limitaciones de capacidad y de autoridad para el uso de la fuerza y el derecho de veto en el Consejo de Seguridad la alejan de la idea de supranacionalidad.

Hace doscientos años, la Primera Junta nombró a Matías de Yrigoyen como enviado diplomático ante la corte de Inglaterra y el Gobierno de España. Nació así la diplomacia argentina. Varios siglos antes, los Reyes Católicos habían creado el primer servicio diplomático, con representación continuada ante Portugal, Francia, Alemania, el Papado e Inglaterra, donde en 1487 se construyó la primera Embajada permanente.

Una de las más destacadas condecoraciones españolas es la Orden de Isabel la Católica. La ostentan, como reconocimiento a sus méritos algunos de los presentes y la recibieron Les Luthiers en el Avenida 2007 de manos de la Vicepresidenta española.

En sus palabras de agradecimiento, el genial cómico que es Marcos Mundstock sostuvo con aplomo que la palabra protocolo deriva de “¡pronto, Colón!”, que habría sido la primera orden de Isabel la Católica cuando envió a Colón en busca de nuevas tierras.

No hay razón alguna para creer en la veracidad de esa temeraria afirmación, especialmente, viniendo de quien viene, pero me permite destacar cómo la relación con la política está también presente en otros ámbitos ligados a la diplomacia, como el protocolo. Aparentemente reglado de forma sacrosanta, sus normas no son sino convenciones que regulan relaciones formales, pero, como he podido experimentar –la vez más reciente, en la Cumbre de Mar del Plata- también el protocolo puede y debe ser ajustado al servicio de intereses superiores: los de la Política, bien para evitar tensiones no deseadas o para mostrar proximidad (romper el protocolo).

Desde los tiempos de los Reyes Católicos, aunque las relaciones entre Estados y sus políticas exteriores vivieron importantes convulsiones, la diplomacia se desarrolló en un marco efectivo y conceptual prácticamente inalterado.

Sería a lo largo de la primera mitad del siglo XX cuando los Estados-Nación de la edad Moderna entendieron, que la interdependencia podía ser un factor de progreso y estabilidad, y que su profundización contribuía a hacer estériles los conflictos entre Estados. La consecuencia más importante, junto con la creación de la Sociedad de Naciones fue la introducción de la *previsibilidad*, que requiere también, por primera vez, un cierto grado de transparencia, en la política exterior de las naciones.

A partir de los años setenta, se conforma un nuevo escenario, con cambios que modifican ámbitos de las relaciones exteriores y, con ello, el ejercicio de la diplomacia en el Estado moderno. De una parte, lo interior y lo exterior, comparten espacios en la acción de los Gobiernos, incorporando también ámbitos que antes estaban limitados a las fronteras territoriales; de otra parte, una variedad de actores no-estatales (multinacionales, ONG's y, también, organismos internacionales) pasan a jugar un papel en las relaciones exteriores; influyen, condicionan u orientan con sus actuaciones en otros países la acción exterior que desarrollan la diplomacias nacionales.

Es un cambio sustancial, profundo frente al monopolio exclusivo del Estado-Nación y de su diplomacia en las relaciones exteriores, pero no es, en modo alguno, el fin de la diplomacia.

En efecto, la diplomacia tradicional, como expresión de la personalidad jurídica internacional, preserva la importante parcela de las relaciones entre los Estados, que sirve de marco a las de los otros actores, lo que le ha facilitado acomodarse –quizá acomodarse en demasía- sin efectos traumáticos ni cambios profundos, a la nueva situación.

Además del entramado de relaciones tradicionales, los Gobiernos incorporaron a sus objetivos políticos nacionales y de política exterior buena parte de los fines de las ONG's, coordinando acciones y asignando recursos para contribuir a esos fines comunes (0'52% del PIB español); en cuanto a las multinacionales, su expansión ha llevado a los Estados a reordenar tanto sus prioridades como la formación de su diplomacia a fin de acompañar la internacionalización de las empresas nacionales (muchas de las cuales forman hoy parte, a su vez, de conglomerados con capitales de terceros países).

Finalmente, los Estados tratan de reforzar su influencia en las decisiones de los organismos internacionales que se relacionan con las prioridades (programáticas o geográficas) de su política internacional: el Consejo de

Derechos Humanos o el PNUD son dos claros ejemplos en el amplio sistema de Naciones Unidas; también otras instancias informales de gran relevancia como el G20.

Los Estados Nacionales conservan, por tanto, el monopolio de las relaciones exteriores, pero ese monopolio se caracteriza, paradójicamente, por presentar, en ámbitos que inciden en la política o la economía, espacios compartidos, atravesados por ejes de necesaria cooperación.

La diplomacia, lejos de perder su *raison d'être*, se enriquece con algo que, en la práctica, supone nuevos ámbitos de actuación, pero que, al mismo tiempo, desnuda un espejismo que lastra a buena parte de las diplomacias del mundo: nada sustancial ha cambiado, mantenemos el *status quo*, ergo nada tenemos que cambiar. Pero la realidad es que se han producido cambios que requerirían una transformación profunda de la diplomacia.

Al mismo tiempo, como parte de esos y de otros cambios, la diplomacia tradicional, con sus estructuras y procedimientos, se ha visto desplazada a un segundo plano, tanto en la construcción como en la proyección de la política exterior.

Si comparamos la acción diplomática de hace unas décadas con la actual, el cambio es espectacular: los Jefes de Estado y de Gobierno, los Ministros, transmiten las posiciones de sus Gobiernos a las opiniones públicas propias y ajenas, del mismo modo que podemos seguir en directo sus manifestaciones o las discusiones de las Cumbres y que conocemos los Comunicados o Declaraciones pocos minutos después de ser acordados. Por eso, no es exagerado decir que, de hecho, la diplomacia de hoy es esencialmente abierta. Desde finales de los años noventa Internet ha jugado un papel determinante para hacer efectiva esa voluntad de una transparencia mayor, aunque, obviamente, no absoluta.

Una tarde de 1998, el Ministro Abel Matutes comparecía en la Comisión de Asuntos Exteriores después de haber asistido, esa misma mañana, a un Consejo Atlántico. Matutes usando una retórica hueca y cargada de lugares comunes trató de despachar la comparecencia con una "faena de aliño" (lo que hacen los toreros ante un toro que no les gusta). Cuando llegó mi turno, comencé a leer párrafos de los documentos que había aprobado por la mañana con sus pares de la OTAN.

Nunca olvidaré su cara de estupefacción ni la mirada inquisitorial que lanzó a su Director de Comunicación. Finalmente, tras dejarle sufrir unos minutos, le dije, “no, no me lo ha pasado nadie de su Ministerio, lo he bajado hace dos horas de la web de la OTAN. Matutes no entendía nada, pero respiró aliviado. Naturalmente, nada había de secreto en esos documentos, pero su difusión vía Internet, su puesta a disposición de investigadores, periodistas o parlamentarios era un claro signo de que, con la adaptación a los tiempos, algo había quebrado en el sacrosanto monopolio de la información y de las fronteras de su difusión.

Sin duda, creo que habrá un antes y un después de Wikileaks, aunque desde luego, no veo razones para que se produzcan cambios geopolíticos, como algunos han pronosticado. El mal, la irresponsabilidad –o la ingenuidad- en la custodia de la información y en la insólita práctica de la cita no autorizada hay que buscarlos en la casa de los autores.

Bien poco de lo que he podido leer hasta ahora me ha impresionado. Para hablar con más libertad, dejo a un lado a nuestros dos países. La mayor parte de esos cables contienen escasos análisis y poca información que no se haya publicado anteriormente. Tal vez por eso tanta gente tenía acceso a ella. Como ha dicho Javier Solana, “esto es lo que ya sabía, pero puesto blanco sobre negro y en público”.

Al mismo tiempo, coincido con Andrés Oppenheimer en que lo publicado hasta ahora disipa buena parte de las teorías conspirativas que –también en este continente-, atribuían a EEUU perversas acciones de todo tipo, incluyendo golpes de Estado y desestabilizaciones de gobiernos legítimos, aunque, como ha escrito Norman Birnbaum, parece evidente que “la modificación de la diplomacia estadounidense, aún aguarda la resolución de la lucha que libra Estados Unidos consigo mismo sobre la naturaleza de su sociedad”.

En todo caso, por lo que se refiere a los grandes ejes de la política exterior de EEUU, vemos que ésta se parece bastante a lo que dice lo que dice ser, que con Obama está más cerca del multilateralismo y de la Sociedad de Naciones que impulsara el Presidente Wilson en 1919 (con un importante barniz del pensamiento de Jefferson) que del intervencionismo de los jacksonianos; más próximo al pensamiento kantiano de Joseph Nye y su teoría del “poder blando” que del hobbesiano Robert Kagan, el de la frase: “en materia de seguridad los americanos son de Marte y los europeos son de Venus”.

Hace un año, la Administración Obama puso en marcha una estrategia de Gobierno Abierto con el objetivo de promover la transparencia la participación y la colaboración de los ciudadanos. La iniciativa incluye a los Departamentos de Estado y de Defensa. Se trata de que los ciudadanos puedan no sólo acceder a información y estadísticas en formato procesable, que les permita conocer cómo se gastan sus impuestos y cuáles son las políticas de su Gobierno, sino participar, de opinar o de colaborar en esas políticas.

La premisa de esa estrategia es que en la era Internet, el ciudadano tiene la posibilidad de acceder desde su casa a esa información –no clasificada- que antes se les negaba por razones burocráticas y tecnológicas. También, de que con las tecnologías de la web 2.0, la red es un espacio distribuido y no jerarquizado, que los internautas ya no son meros espectadores de la política – ni de la información-, sino actores que también la difunden y la interpretan.

Wikileaks tiene que ver con el soporte, con el avance tecnológico, pero, por lo demás, no es más que una gran filtración inoportuna y embarazosa. No pone a prueba la estrategia de de política abierta o de diplomacia abierta, ya que entra en otro terreno, el de la discreción obligada de la diplomacia de cualquier país.

Los efectos y derivadas de Wikileaks han puesto de manifiesto algo también conocido: las amenazas reales a la seguridad. Las “ciberguerras”, los ataques masivos a sitios o el acceso por un *hacker* a los mismos, cualquiera que sea el fin, son ya delitos en nuestros códigos penales. La diferencia entre “ciberguerra” y “ciberterrorismo” es más nominal que semántica: supone una amenaza creciente a nuestra seguridad, una amenaza ante la que estamos bastante indefensos, los Estados y los ciudadanos, en un mundo, el de Internet, del que ni podemos ni queremos ni vamos a prescindir.

Creo que, cada vez más, Internet será en un alto grado un espacio abierto y libre, con derecho a la confidencialidad y privacidad y sin censura a la información. Y la diplomacia, además de funcionar, seguirá siendo cada vez más abierta, más pública en sus planteamientos y en sus objetivos, tanto la de EEUU como la de otros países del mundo. Y eso es saludable.

Son varios los factores que han favorecido esa apertura que hoy caracteriza a la diplomacia. En primer lugar, con el fin de la *Guerra Fría*, además de reducirse considerablemente la dimensión militar (y secreta) de la política exterior, los antiguos enemigos dejaron de serlo, comenzando a tejerse redes cooperativas, cada vez más amplias, entre los Estados, con objetivos y contenidos que, en su mayor parte, son declarados y conocidos y que tienen su

desarrollo, como he señalado, en la proliferación de la *Diplomacia de las Cumbres*, que es también la Diplomacia de los Jefes de Gobierno.

La práctica ausencia de acuerdos secretos en esa nueva diplomacia, unida al desarrollo de las telecomunicaciones y a la extensión de Internet han hecho el resto, aunque ello esté aún más al servicio de estrategias de comunicación que de una auténtica cultura de transparencia.

La construcción práctica de la política exterior ha desplazado en buena medida su eje central a otros ámbitos más generalistas, menos especializados y, por su ubicación en la cúpula del poder político, más cerrados. Si la diplomacia tradicional era escasamente participativa y fuertemente jerarquizada en sus procesos internos, la concentración suele ser, si cabe, aún mayor con los nuevos –y más elevados- actores, tanto en lo interno como en la relación con la sociedad, pese a que la proyección pública de la política exterior sugiera a veces lo contrario.

Pero al mismo tiempo, como complemento de los nuevos escenarios globales, aparece otro elemento muy relevante, que aporta una nueva dimensión a las relaciones internacionales: los Estados, en su acción exterior atribuyen una creciente importancia a la capacidad de proyectar, a través de estrategias de Diplomacia Pública, la imagen con que desean sea asociado su país y, sobre todo –misión novedosa y de gran importancia-, de generar una percepción atractiva del mismo, de su política exterior, su cultura, sus productos, sus ciudadanos (también sus poderes públicos), no ya en los Gobiernos, sino, ante todo, en la sociedades y en las opiniones públicas de otras naciones, a fin de que éstas, a su vez, influyan y determinen la actitud de sus gobernantes (y de los medios de comunicación) en la relación entre los dos países.

La paradoja (positiva) es que la visión (compleja, rica, no estereotipada) de nuestro país que construye *el otro* rebota y se proyecta en la percepción (y con frecuencia en la autoestima) de nuestra propia sociedad gracias a la dinámica globalizadora que mueve la comunicación en los medios y en las redes.

Esas son las virtudes de la Diplomacia Pública, a la que luego me referiré, que nada tiene que ver con la mera y vacía propaganda, y que incorpora otros elementos, como las estrategias de marca-país.

Pero permítanme que vuelva ahora la mirada hacia España y Argentina. Aquí llegó mi abuelo, como tantos y tantos españoles. Aquí vería, estoy convencido, a su primo, Fermín Estrella Gutiérrez, más joven. Mi abuelo regresó a España

después de tres ó cuatro años. De Fermín se hablaba a veces en la familia señalando, con displicencia que era poeta, que es como decir: "se fue a la Argentina al país de las oportunidades, y en lugar de hacer algo de provecho, se hizo poeta". Lo he contado alguna vez. Mi madre, amante de la literatura, lo reivindicó un día: "además, es Catedrático y Académico de la Lengua". En una librería de Almería encontré su Antología Poética, que guardé como un tesoro, como atesoro los libros suyos que me han regalado generosamente sus hijos y otros amigos argentinos.

No es preciso recordar aquí los vínculos intensos y profundos que unen a nuestros dos países, una relación de afectos mutuos y de visiones e intereses compartidos que no tiene parangón en las relaciones de España con cualquier otro país y que abarcan todos los ámbitos: social, económico, político, y sobre todo, el ámbito cultural.

Ello se explica por múltiples causas. En la base, sin duda, la fuerte presencia migratoria: entre 1857 y 1936, más de un tercio de los inmigrantes que llegaron a Argentina eran españoles, un 70% de los llegados entre 1920 y 1930. Entre la Guerra Civil y 1960 llegarían unos 350.000 españoles, algunos, exiliados del franquismo; la mayoría, refugiados de la España que pasaba hambre. A uno de ellos, Manuel García Ferré le reconocí el acento de inmediato: había nacido en Almería, a un tiro de piedra de mi casa.

De la fuerte presencia española surgirían a mediados del XIX las primeras instituciones de la colectividad, a las que se sumarían otras como la Sociedad Patriótica o, más tarde, la Institución Cultural Española, que fundara el Dr. Avelino Gutiérrez, cuya importancia retrató muy bien Dora Schwarzstein.

A partir del impulso de esas y otras instituciones y grupos de pensamiento, se creó un flujo constante de presencia de intelectuales españoles en Argentina, que algunos eligieron como residencia permanente: entre los muchos que llegaron, Unamuno, Azorín, Ramón y Cajal, Menéndez Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz, Gerardo Diego, Amado Alonso, Guillermo de Torre, Ayala o mi antecesor en la Embajada Ramiro de Maeztu, que aquí se contagió del más feroz nacionalismo. También llegaría Lorca, que se encontró aquí con Neruda en 1933. Al mismo tiempo, la Institución Cultural organizaba viajes a España de intelectuales y académicos argentinos.

Fue un flujo de pensamiento que continuó, durante el franquismo, el Instituto de Cultura Hispánica, cuyo primer Presidente fue el democristiano Joaquín Ruiz

Jiménez, sustituido en democracia por el Instituto de Cooperación Iberoamericana, aquí conocido simplemente como el ICI.

Es sobre ese magma de vida cultural e intelectual que llegaron los exiliados, algunos, durante y al final de la Guerra Civil; otros llegarían desde Francia, tras comprobar con dolor que la derrota del nazismo dejaba aislado pero indemne al régimen de Franco.

La mayoría de los que vinieron a América fueron a México, acogidos por el Gobierno de Cárdenas. En Argentina, que reconoció al Gobierno de Burgos antes del fin de la Guerra Civil, no hubo, si exceptuamos el Decreto del Presidente Ortiz que facilitaba el ingreso de los vascos, una política de acogida; todo lo contrario, llegaron de forma individual, en algunos casos con documentos falsos (carta de llamada, certificado de buena conducta), escritores, profesores, políticos, periodistas, músicos, actores, artistas plásticos; y aquí fueron acogidos por una amplia red de apoyo de compatriotas y argentinos; también arribarían desde otros países iberoamericanos, como Cuba o Chile. Y es que, como dijera uno de ellos, ir a Chile nos parecía como ir al fin del mundo.

En Chile recibió a algunos de estos exiliados Margarita Xirgu, vestida de luto riguroso “por mi marido, por Lorca y por España”. Desde allí, muchos, decidieron venir a la Argentina, a un país donde, por todas las razones señaladas, era mas fácil recrear los espacios perdidos.

Emilia de Zuleta y María Teresa Pochat nos han permitido, y tenemos que estarles agradecidos por ello, conocer en profundidad el exilio cultural y literario, su amplia presencia en La Prensa, La Nación o la revista Sur; también, la eclosión que esa etapa produjo en el mundo del libro argentino y el impacto en esos círculos de las noticias llegadas de España.

Fue una conmoción la noticia de la muerte en prisión de Miguel Hernández, que conmemoramos este año, Alberti lo reflejó en un poema escénico en que las voces de Antonio Machado, Lorca y Hernández dialogan sobre el desastre de su España: “en un principio era la alegría”...”pero un mal viento la hizo mil pedazos”.

Dolor por la guerra y tristeza en el exilio, la tristeza del ex Presidente de la República Niceto Alcalá Zamora, al que reconoció un día Ayala en un autobús, triste, solitario y, sí, final. El desgarró del destierro en los versos de Serrano Plaja *“Desarraigado vivo, deshermanado espero/ escribo desquiciado y*

decuajado aguanto/ el peso de mi patria, como un saco de llanto/ y el vivo deshijarme si al arrancar no muero”.

Con dimensiones diferentes, hay un paralelismo asincrónico en los exilios, sean políticos o económicos, de argentinos y españoles. Lo aborda de manera inteligente y sutil “Vientos de agua”, una serie tan espléndida como poco conocida, que dirigió Campanella. Lo ilustra bien un ejemplo que me contaban recientemente: el Colegio de Abogados de la Plata inscribió, con la simple presentación de un avalista, a abogados españoles que llegaban al exilio y no podían documentar su condición; décadas más tarde, el Colegio de Madrid haría lo propio con abogados argentinos que llegaban a España durante la dictadura. En ese juego de oscuros espejos desplazados, la solidaridad, los sentimientos compartidos han creado vínculos percederos, lazos indestructibles.

Me he referido antes a la importancia que atribuyo, para promover y proteger los intereses de un país, a la Diplomacia Pública, a la capacidad de generar atracción y establecer relaciones de proximidad con las sociedades de otros países. No es un *bálsamo de Fierabrás*, no es la solución a todos los problemas, pero previene algunos de ellos o favorece su menor intensidad, mitigando y limitando sus efectos perniciosos.

Si hay para España en el mundo un país donde es aplicable lo anterior, un país que sirva de modelo para argumentar en favor de esa dimensión de la diplomacia, ese país es Argentina, y el efecto es recíproco.

Por eso no me importa confesarles que esa es la noción que preside mi labor como embajador y la de quienes trabajan conmigo en la Embajada de España en Buenos Aires. Con una diferencia sustancial: en muchos otros países, es necesario formular y armar los elementos de esa estrategia de diplomacia pública; en el caso de Argentina, la patente y potente existencia de todos esos elementos precede y hace obvia y espontánea la estrategia, que pasa a ser pauta normal de conducta.

Lo he dicho en algunas ocasiones: entre Argentina y España, más que de intercambios culturales, hay todo un espacio cultural compartido, como un movimiento escénico que parece ubicuo: los escritores y sus libros, los músicos y cantantes, los cineastas, los actores, los intelectuales, los académicos, los creadores en cualquier disciplina.

Es un espacio tan vivo tan intenso que ha llegado a crear sus propios mitos, que nos tomamos prestados sin tener que pedir permiso para ello –tal hay aquí tema para un próximo libro de Sebrelli-. Hay una mitología en torno a Serrat o a José Sacristán en la Argentina –más aún que en España-, donde forman parte de nuestras vidas Les Luthiers, que trajeron las primeras risas al fin de la Dictadura y a la Transición, o el aire fresco que llegó con la voz de Nacha Guevara, por no hablar de Mercedes Sosa o de la sopa de Mafalda, que era también nuestra sopa.

Pero no sólo hay lugar para la nostalgia: el presente viene también cargado de futuro y tiene asegurada su existencia y su fortaleza.

Ese basamento que supone el espacio cultural, en el sentido más amplio del término, esa capacidad de entendernos sin que apenas medie la palabra, genera, además el estímulo y las condiciones necesarias para converger en visiones compartidas y construir desde la complicidad, espacios comunes en ámbitos bien diversos. El ejemplo más reciente sería el impulso de liderazgo político al relanzamiento de las negociaciones para un Acuerdo, que será histórico más allá de cualquier retórica, entre la Unión Europea y el Mercosur.

Permítanme unas palabras sobre España, sobre Europa y sobre la América Latina. A comienzos de los años ochenta, un diputado de un país iberoamericano me trasladaba su decepción porque, según él, España había optado por Europa y renunciaba a Iberoamérica.

Esa noche, me acosté dándole vueltas a sus palabras. A la mañana siguiente, le busqué para decirle que estaba equivocado, que, con España en Europa, nuestra relación sería más rica, más intensa y más potente. No sé si me creyó; tal vez notó que en mis palabras había más voluntarismo e intuición que elementos verificables. Hoy, si pudiera recordar su nombre, su país, le buscaría para decirle que la realidad actual supera con creces aquellas ambiciones.

Lo explico brevemente: el ingreso de España y Portugal, además de la extensión de los contornos geográficos de las Comunidades Europeas, supuso también una redefinición sustancial de las prioridades de Europa en el mundo, hasta entonces centradas en los países de África, Caribe y el Pacífico.

La proyección de Iberoamérica, como prioridad española a los espacios de atención de Europa no sólo preservó, sino que tuvo un efecto multiplicador que convirtió un interés incuestionable, pero de capacidad limitada de España, en

atención y acción de toda la Comunidad Europea, llenando así de valor y contenido real la relación entre España y los países de América Latina.

En los procesos de paz en Centroamérica, los Estados Unidos, por razones obvias, estaban inhabilitados como actor confiable; Europa, con un limitado conocimiento de la región, jugó un papel determinante, pero España estaba detrás, impulsando, generando confianza y compromiso con esos procesos que cambiaron la realidad de Centroamérica. Europa no llevó la injerencia política o militar, sino la institucionalización, el pluralismo, y una clara opción por las soluciones políticas en lugar de las militares en los problemas regionales.

Hoy, un cuarto de siglo después Europa es un actor comprometido y relevante en América Latina y, sobre todo, América Latina es relevante para Europa, pese a la distracción de esfuerzos que supuso la reunificación europea.

En muy pocos años, se ha puesto en marcha toda una arquitectura de relaciones y de acuerdos –políticos, de cooperación, comerciales- que vinculan a ambas regiones. En mayo pasado, en la Cumbre de Madrid, se formalizaron algunos de esos Acuerdos, con Centroamérica, con países de la Comunidad Andina, que se añaden a los existentes con México y Chile. Son Acuerdos que impulsan la integración regional, que a los europeos nos ha traído paz, seguridad, estabilidad y prosperidad, pese a la crisis y, desde luego, para afrontarla mejor preparados. Son también Acuerdos con vocación de construir una relación en pie de igualdad, desde el respeto mutuo y en beneficio de nuestros ciudadanos. Con ellos, España no declina, sino que multiplica y afianza su compromiso y su papel en América Latina, todo un círculo virtuoso.

No preciso decirles cómo le ha ido a España en Europa, lo que ha significado para mi país la integración a Europa. Ustedes lo conocen bien.

Hay mensajes que, en su sencillez, parecen crípticos, pero que acaban siendo tan simples en su significado como difíciles en su aplicación: “argentinos a las cosas” o “España es el problema, Europa es la solución”, que nos dijo Ortega a los españoles hace más de un siglo, varias décadas antes de que Europa empezase a existir no como idea, sino como proyecto común.

Muchos le creímos pero debieron pasar tres cuartos de siglo para poder hacer realidad sus deseos: Europa representaba un ideal, un sueño; con la democracia se convirtió en horizonte alcanzable y en gran proyecto nacional; era la puerta para conjurar los fantasmas del pasado y la palanca –la razón superior y abstracta- para vencer resistencias al cambio y avanzar con ilusión y

determinación en un proceso modernizador social, económico y político: “el cambio es que España funcione”, dijo en 1982 Felipe González.

Eso significaba, para una inmensa mayoría de españoles, el privilegio de ser como los demás, como los alemanes, como los suecos.., un país normal. Un eslogan que se acuñó en la España de los sesenta para atraer turismo, “*Spain is different*” permaneció durante décadas y llegó a convertirse, así, en inglés, en una alegoría de la excepcionalidad española, que lo mismo servía para defender o para satirizar la dictadura. Hoy, en ese ajuste de cuentas incruento con el pasado en que la excepcionalidad representaba el atraso y la falta de libertades, los españoles somos precisamente lo contrario, aunque eso sí con más sol, con más vida, con riqueza cultural –eso pensamos- que nuestros socios europeos.

Hubo momentos difíciles. A veces bromeábamos diciendo que “contra Franco vivíamos mejor”, pero no nos lo creíamos.

Europa nos ha ayudado, y mucho, pero sin ese proyecto nacional no habría llegado el impulso transformador que ha permitido acreditar esa ayuda y convertirla en desarrollo y en vertebración de un país, en corrección de desequilibrios, al tiempo que se avanzaba en institucionalidad y en la extensión de derechos, incluyendo todo lo relativo al bienestar social o los derechos de nueva generación, de los que España está hoy en la vanguardia.

Ustedes lo van a entender bien: la integración europea en un proyecto común que es familiar a los federalistas, la cesión de soberanía para compartir también la de otros, lejos de diluir nuestra identidad, también la ha fortalecido. Lo sabemos bien los andaluces, que hemos salido del subdesarrollo y exhibimos con orgullo lo que hoy somos: un pueblo dinámico en la España moderna.

Esa España nueva, dinámica, también ha contribuido por vocación y en una apuesta de futuro a la construcción y a la profundización de la Unión Europea, que desde hace un año es también un actor político, con personalidad jurídica internacional. Es un proceso que, para algunos entre los que me cuento, avanza lentamente, pero si miramos hacia atrás, el progreso en la integración que hemos alcanzado era impensable en 1986, cuando Europa abrió sus puertas a España. Por ejemplo, en esos años hemos avanzado en la libre circulación de mercancías, personas y servicios, pero también en un espacio común de justicia e interior que permite perseguir más eficazmente la delincuencia y el crimen organizado.

Pero Europa es aún imperfecta en su construcción y los mecanismos de la soberanía compartida. Lo hemos podido comprobar con la crisis que ahora vivimos, en la que hemos constatado que las instituciones financieras existentes no tienen capacidad para actuar en situaciones como la actual.

Tuvieron que ser los jefes de Estado y de Gobierno los que, desde la primera – y tardía respuesta- asumieran la toma de decisiones. Sin duda, hemos perdido demasiado tiempo y ello ha contribuido a generar desconfianza en el Euro y en las finanzas de los países europeos. Por cierto, a esos países se dirigen más del 70% de las exportaciones españolas y de ellos viene casi otro tanto de las importaciones. Somos tan interdependientes que nadie va a abandonar el Euro para retornar a la época de las devaluaciones que hacían ganar artificialmente competitividad y, al mismo tiempo, empobrecían a los españoles.

Estamos ante una crisis difícil de explicar a nuestros ciudadanos que, eso sí, sufren directamente sus efectos. Para simplificar, el origen podría describirse con las palabras de Antonio Machado: “todo necio confunde valor y precio”, que cabe aplicar tanto a la especulación sobre el valor de los activos financieros en EEUU y en los mercados financieros internacionales como, en el caso de España, con la especulación y el crecimiento desmesurado del mercado de vivienda.

Dicho lo anterior, estoy convencido de que España y Europa, pese a todas las dificultades, van a salir de la crisis; sin duda, por la destrucción de empleo, el proceso español será lento, probablemente no tanto como ahora se piensa, y creo que en los próximos meses veremos que las decisiones adoptadas a lo largo de este año comienzan claramente a dar sus frutos. Por ejemplo, ya se ha reducido a casi la mitad el déficit público y hay leves signos de crecimiento de la economía. Todo ello manteniendo el núcleo de las políticas sociales, incluida una amplia red de cobertura por desempleo en un país que ha alcanzado los mayores niveles de igualdad de su historia. España reúne condiciones para afrontar y superar la crisis, como ya hicimos en la recesión del 92 al 95.

Ante la crisis, se ha evidenciado que España cuenta con un sector financiero robusto, gracias a un marco regulador menos neoliberal que en otros países. En segundo lugar, tanto el Estado como las empresas y, en particular, la PYMES vienen haciendo un creciente esfuerzo de inversión en innovación e investigación, lo que está permitiendo mejorar los indicadores de competitividad, una de las grandes debilidades de nuestra economía.

Ese esfuerzo es particularmente importante en lo que se refiere a las energías renovables. España ha pasado de una muy alta tasa de dependencia energética a contar con cerca de un 30% de potencia instalada procedente de energías renovables, pero tal vez lo más importante es el desarrollo de tecnologías propias en eólica o fotovoltaica: las empresas españolas están hoy en el primer puesto de las instalaciones eólicas en el exterior.

Por todo ello, los españoles vivimos el presente y vemos el futuro con preocupación y, a la vez, con esperanza, sabiendo que, una vez más, vamos a remontar las adversidades y, también, que está más cerca el fin de la pesadilla criminal de ETA. Los españoles de hoy tenemos bien presente nuestro pasado, sin sol que se pusiera en sus imperios o reducido a dos husos horarios, rico y al tiempo pobre, culto y a la vez analfabeto, con héroes y villanos, y lo conocemos mejor, con más rigor, porque somos una sociedad más culta, pero nuestra mirada está puesta en el futuro, que siempre será mejor.

En este año, con ese pulso latiendo a buen ritmo, los éxitos ganados con un buen trabajo colectivo, como el Mundial de Sudáfrica, nos ha reavivado además a los españoles un sentimiento de pertenencia, algo que tiene más valor que sentir que somos los mejores.

Hay otro elemento que he querido dejar para el final, pero que está siendo y va a ser determinante frente a la crisis. Me refiero a la internacionalización de las empresas españolas, que comenzó precisamente en Argentina, el país que les era más familiar y conocido.

Hoy, en una gran variedad de sectores, las empresas españolas están presentes en los cinco continentes y, de manera especialmente intensa, en América Latina, donde España, el segundo donante de Ayuda Oficial al Desarrollo, es también el segundo inversor en la región.

Esa diversificación de sus inversiones, que tiene como eje la presencia activa en una región pujante y dinámica como América Latina, tiene una gran importancia para España, ya que está contribuyendo a mejorar los resultados de la economía española y va a tener un potente recorrido en los próximos años, contribuyendo a acelerar la salida de la crisis.

Si los 80 fueron la "década perdida", todo indica que esta va a ser la "década de América Latina". Como ha dicho José Juan Ruiz, "el crecimiento económico en el mundo ha viajado al Sur, hacia los emergentes y América latina está en ese tren". Tiene materias primas complementarias con el crecimiento y se está vinculando con el liderazgo de China (aunque invierte cuatro veces menos, en

términos relativos, en infraestructuras y un porcentaje aún inferior en investigación). Los sistemas bancarios de la región están preparados y son solventes, lo que hoy es una ventaja competitiva.

Lula o Bachelet han terminado sus mandatos con niveles de popularidad cercanos al 80%, algo insólito en la región. El reciente Informe coordinado por Dante Caputo para el PNUD y la OEA, concluye que la democracia se ha reforzado en la práctica totalidad de la región, más allá de los retos pendientes en cuanto a fortalecimiento institucional, inseguridad o exclusión social o, en particular, de la amenaza del narcotráfico y el crimen organizado, una amenaza que no tiene fronteras continentales.

En mayo, en Madrid, la Unión Europea y América Latina se han proclamado “socios globales” y han concretado esa sociedad en un ambicioso Plan de Acción. España, desde Europa, va a mantener e intensificar su apuesta por América Latina, lo han dicho los dirigentes empresariales reunidos hace poco en Mar del Plata, que han reafirmado también su compromiso de presente y de futuro con Argentina. El ochenta por ciento de las empresas presentes en América Latina tienen previsto aumentar su inversión en la región en 2011.

Argentina representa, tal vez mejor que cualquier otro país la naturaleza singular de esa apuesta comprometida de España en una región con la que compartimos historia, unidad o afinidad de cultura y, en particular, de idioma y, también una misma visión ante cuestiones fundamentales como los derechos humanos o la primacía del derecho internacional.

Esos vínculos especiales de cultura, de identidad, son los que explican la naturaleza y el grado de compromiso. Las empresas de capital español llegaron aquí con vocación de permanencia. Mientras que otras se marchaban, acompañaron con su sacrificio los sacrificios y las dificultades del pueblo argentino, e invierten en la Argentina la mayor parte de sus beneficios, lo que hace que España sea el primer inversor en el país en el conjunto de los últimos cinco años y que estas empresas aporten el 13% de la recaudación fiscal del país. Es una rica y fecunda interdependencia que se suma a los fuertes vínculos ya existentes.

Son empresas sólidas y serias, que se cuentan entre las líderes mundiales de sus respectivos sectores. Son multinacionales y, a la vez, auténticas multilaterales, con un peso creciente y una personalidad específica en una región que, como empresas españolas, comprenden mejor que nadie. Eso ha llevado a algunas de ellas a una importante presencia en el difícil mercado de EEUU, que es hoy, no lo olvidemos, el quinto país de habla hispana en el mundo.

Creo que no somos plenamente conscientes de la riqueza real y potencial que supone compartir una lengua que es el segundo idioma materno después del chino (más de 400 millones), y el segundo idioma de comunicación internacional y de uso en Internet.

Ayala, Sábato, como hace unos días Vargas Llosa han afirmado, con frases muy similares, que el idioma es la patria del escritor.

El idioma es parte central de nuestra riqueza como pueblos y como comunidad de naciones, pero tiene también un valor económico: en España, las industrias culturales vinculadas al español (cine, vídeo, producción televisiva, industrias editoriales y educativas, enseñanza, etc..), que suponen más de 2 millones de puestos de trabajo, representan el 16% del PIB, con un efecto multiplicador (y de ahorro, hasta un 50% de costes) en las transacciones comerciales.

La industria editorial es el caso más evidente: lo recordaba hace pocas semanas Emiliano Martínez, Presidente de Santillana, una editorial que ha sabido integrar la unidad y la diversidad de lo que él ha llamado “los territorios de lengua compartida”. Pero no es sólo en el ámbito específico de la cultura; Javier Nadal, Vicepresidente de la Fundación Telefónica, proclamaba también recientemente: “Sin el español no estaríamos donde estamos, entre las primeras operadoras mundiales”.

El idioma que aporta nuestra historia nos confiere una ventaja comparativa. Como ha dicho Enrique Iglesias, si el pasado es amplio, más abundante es el futuro. La Cumbre Iberoamericana ha puesto de manifiesto nuestra capacidad de convertir ambiciones en acciones efectivas, como las Metas 2021 con dotación de fondos y compromisos concretos en materia de educación.

En mar del Plata, en el acto con la Colectividad española, el Rey Juan Carlos manifestó que las Sociedades de Socorros Mutuos que crearon los españoles hace más de siglo y medio en Argentina estaban imbuidas del mismo espíritu de solidaridad y cooperación que la Comunidad Iberoamericana de Naciones de nuestro siglo XXI.

Son muchos los ámbitos en que España y Argentina trabajan juntos; me parecen pocos, creo que aún no hemos sido capaces de activar todo nuestro potencial, y estoy convencido de que los versos de Benedetti, “codo a codo somos mucho más que dos” describen también a España y la Argentina trabajando unidas. Ayer -un gran día- firmaba con el Ministro Barañao el Acta de Constitución del Centro de Genómica Binacional, que deja así de ser un

proyecto para convertirse en una inusual realidad de cooperación científica e innovación, que tendrá su sede en Rosario.

Si hay un reto ambicioso que tienen planteado y vienen impulsando España y Argentina, es el de hacer realidad el Acuerdo de Asociación entre la Unión Europea y Mercosur al que me he referido antes. Ese Acuerdo, además de crear el mayor espacio de cooperación política, económica y comercial del mundo, con efectos transformadores en el crecimiento y el desarrollo, tendría para mí una relevancia geopolítica no menos importante, la de servir de palanca para impulsar, para acelerar la integración del Mercosur, que creo es un elemento esencial en cualquier gran proyecto de futuro de la Argentina, de Brasil y, por supuesto, de España en América.

Finalmente, y mirando también al futuro, unas palabras sobre las colectividades españolas en Argentina, cuyo Presidente nos honra con su presencia en esta mesa. Su compromiso solidario, su sentido de pertenencia, a la vez a España y a la Argentina es una lección para todos nosotros, una guía para los jóvenes descendientes que aportan un nuevo y rico impulso a la colectividad y, de modo muy especial, para mí, que he tenido la fortuna de vivirlo y compartirlo con ellos.

Se lo dije hace unos meses al Rector de la UCES, el Doctor Horacio O'Donnell, cuando vino a comunicarme la decisión. Para mí, representar a España en la República Argentina era ya honor más que suficiente. Un honor al que además se une el goce de conocer el país, su territorio y sus gentes, de disfrutar con mi esposa Enriqueta, que es a la vez mi soporte y mi conciencia crítica, de algo que hemos aprendido a amar aquí, que es el teatro, sea en la calle Corrientes, en Boedo o en Callao, o en cualquier lugar perdido del Abasto.

Me lo decía admirado una noche aquí, en Buenos Aires, con su acento del Albaycin, el admirable Enrique Morente, cuya muerte lloré ayer: "Rafael, aquí hay mucho arte". Quisiera terminar rindiéndole homenaje a la cultura, a ese arte que era también el suyo.

Muchas gracias.